

# e. haro tecglen

El problema se plantearía si en la República Democrática surgiese una situación «checoslovaca»: ¿sería capaz la República Federal de asistir impasible a un intento de reunificación procedente de su otra mitad? ¿No culparía la URSS a la República Federal de haberlo fomentado? Es una hipótesis que parece improbable o, al menos, lejana. Se puede considerar también como improbable y lejana la hipótesis de que en la República Federal se intentase una solución socialista real —el disfraz social-demócrata actual— que propusiese una reunificación neutralizada de Alemania; sería entonces Estados Unidos —por la vía de la OTAN— la que no lo admitiese. ¿Qué sería del tratado en cualquiera de los casos? Los negociadores actuales no parecen contemplarlo. Por eso conviene repetir que éste, como todos los tratados de la Historia, es coyuntural y responde a la forma de organizar una convivencia sobre las bases actuales de una situación sostenida, que aparece en el próximo futuro como difícilmente modificable.

## EL PROBLEMA DE BERLÍN

El otro problema geopolítico del tratado es el de Berlín. Es más que probable que cuando se publique el comunicado final la palabra Berlín no aparezca en él. Pero es indudable que ha estado presente en las conversaciones. La posición del Gobierno federal es la de que Berlín no ha de cambiar su «status» actual: es un tema que corresponde a sus cuatro ocupantes, cuyo futuro debe decidirse entre ellos y no por negociación directa Bonn-Moscú. La contrapartida soviética es que, siendo así, Alemania Federal debe limitar o anular todos sus intentos para incluir la zona occidental dentro de la República. Puede haber un acuerdo privado —escrito o verbal— por el cual Alemania Federal renuncie a sus reivindicaciones berlinesas o, por lo menos, a ciertas formas espectaculares —como la reunión del Parlamento o las celebraciones de aniversarios— a cambio de una mayor porosidad en el muro divisorio.

En realidad, no parece que el tratado sea resolutorio, sino más bien una congelación de problemas, un «olvido» momentáneo de disputas. Aún con esta restricción, y con todas las reservas que han de hacerse sobre su futuro —las relaciones entre Alemania Federal y la URSS se modificarán al paso en que se modifiquen las relaciones internacionales superiores—, este acuerdo debe considerarse como muy positivo y muy valioso. Contribuye al saldo de la secular hostilidad germano-rusa, contribuye a la congelación de unos roces actuales que han producido incomodidad en Europa. Es un efecto psicológico: es suficiente. No olvidemos que los nefastos años de la guerra fría se han centrado especialmente sobre unos efectos psicológicos.

Es seguro, sin embargo, que el tratado moleste seriamente a personas, grupos o naciones. Francia, que fue una precursora de la «apertura al Este», puede temer ahora que los principales frutos económicos se los vaya a llevar Alemania Federal, en mejor situación competitiva desde el punto de vista industrial y comercial. Debemos tener siempre presente que estas aperturas al Este son siempre aperturas de mercados, y el mercado que abrió De Gaulle lo puede inundar Brandt. Existen también los apocalípticos, los que no han cambiado el lenguaje de la guerra fría, para quienes la situación diplomática actual en el mundo es una «victoria» soviética: si se estabiliza Alemania del Este, si Israel tiene que abandonar los territorios ocupados en virtud de las negociaciones actuales, si las negociaciones en Viena paralizan el estado actual de los armamentos, si los soldados norteamericanos tienen que abandonar finalmente el Sudeste asiático, los Estados Unidos habrán «perdido» una serie importante de objetivos y se habrá iniciado la gran «decadencia» de Occidente. En la conferencia de prensa de Nixon en Los Angeles se examinaban estos mismos puntos de vista con una óptica contraria, de éxito norteamericano. No hay que pasar por alto un breve párrafo en el que Nixon ha dicho que si hubiese una guerra entre los Estados Unidos y la Unión Soviética «no habría vencedores ni vencidos», y que los soviéticos saben esto tan bien como los americanos. Este hecho es muy sabido, pero es importante que Nixon lo recuerde cuando pasa revista a la situación mundial y que, dirigiéndose aparentemente a los soviéticos, se lo quiera recordar precisamente a aquellos grupos de su nación que pretenden actuar como si este riesgo no fuera axiomático.

## ECONOMÍA

### El dólar contra Europa

*Un verano caliente en el frente monetario.*

Europa y los Estados Unidos están librando una batalla clandestina. Una batalla que va intensificándose a lo largo del verano. Y que, a corto o largo plazo —aunque los acontecimientos pueden precipitarse en cualquier momento—, tendrá como consecuencia o bien la disolución del Mercado Común o bien el fin de la hegemonía del dólar en el mundo capitalista.

La resolución proteccionista votada recientemente por la Comisión de Finanzas de la Cámara de Representantes norteamericana no es más que un aspecto secundario, si bien espectacular, de la guerra que se está librando. La citada resolución pide la limitación —que en la práctica será de un 30 a un 40 por 100— de las importaciones de textiles y calzados. Está en juego un mercado de 500 millones de dólares. Pero eso no es todo: la resolución solicita al mismo tiempo subvenciones fiscales para las industrias de exportación norteamericanas y ataca el principio fundamental del Mercado Común agrícola, que reduce las posibilidades de salida de los excedentes agrícolas americanos en Europa y en el resto del mundo.

**UNA INFLACION ADMITIDA.**—El motivo de esta ofensiva proteccionista —y de las presiones diplomáticas y monetarias de que luego hablaremos— hay que buscarlo en las dificultades con que tropiezan los Estados Unidos para conservar para el dólar el papel de patrón monetario internacional. El déficit acumulado en la balanza de pagos americana a lo largo de los diez últimos años se eleva ya a treinta mil millones de dólares. Este déficit se ha ido agravando progresivamente: siete mil millones de dólares el año pasado, cifra que será superada en 1970.

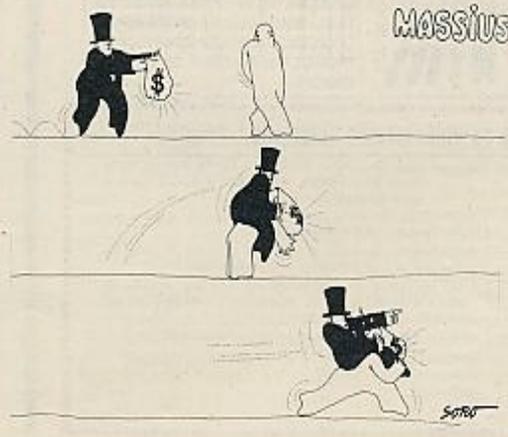
Esta enorme cantidad de dólares que pierden los Estados Unidos a fuerza de comprar en el resto del mundo más de lo que venden va a parar a las cajas fuertes de los demás países en calidad de reservas monetarias asimilables al oro. Pero los Estados (así como los particulares) del resto del mundo se muestran menos dispuestos cada vez a prestarse a ese

juego. Lo que caracteriza a una moneda de reserva es lo inmutable de su capacidad adquisitiva o, por lo menos, el hecho de que se devalúe con mucha menos facilidad que las demás monedas. Ahora bien, el dólar lleva varios años devaluándose a razón de un 6 por 100 anual.

Las tentativas realizadas durante los dos últimos años con el fin de cortar la inflación americana han sido inútiles, y todos están de acuerdo en que tampoco darán ningún fruto en el futuro. Las citadas tentativas se basan esencialmente en una serie de restricciones de créditos, cuyo efecto principal ha sido el de elevar los tipos de interés a niveles muy altos: de un 9 a un 10 por 100 anual (y hasta de un 18 por 100, en determinadas ocasiones, en el mercado del eurodólar). Las sociedades norteamericanas siguen, no obstante, pidiendo créditos y anidando en la inflación. Y ello gracias a un razonamiento muy sencillo: las compañías pagan, en Nueva York, un 64 por 100 de impuestos sobre sus beneficios. Un crédito negociado a un interés del 10 por 100 desgrava en un 6,4 por 100 sus impuestos sobre los beneficios y sólo afecta en un 3,6 por 100 a los beneficios netos una vez pagados los impuestos. ¿Qué importa si el índice de aumento de los precios previsto es de un 6 por 100 como mínimo y el porcentaje de beneficios sobre el capital invertido en la industria es de un 16,3 por ciento?

Los precios tienden a subir, por cuanto que la recesión provocada por las restricciones de crédito norteamericanas elevan los precios unitarios: conforme disminuye la producción se desaprovechan las instalaciones y, sobre todo, la mano de obra, y es que es imposible vender máquinas que no sirven, como también lo es reducir el personal en la misma proporción que la producción. Para impedir que aumente el coste de la fabricación habría que reducir los salarios e intensificar el trabajo del personal directamente productivo (los obreros). Esto no es posible, como lo ha demostrado ampliamente el número y la intensidad de las huelgas que se han producido últimamente en los Estados Unidos.

Añádase a todo eso el coste de la guerra en el Extremo Oriente, que impide el equilibrio en la balanza de pagos. Y el hecho de que el Banco Federal de Reserva se vea obligado a imprimir dólares para suscribir los bonos del Tesoro que el público no quiere comprar, para reembolsar las obligaciones cuando vencen, así como para mantener las cotizaciones en



## UNA OBRA DE ASTURIAS PARA TODA ESPAÑA

Y QUE  
NO DEBE  
FALTAR  
EN SU  
BIBLIOTECA

A LA VENTA

en su kiosco o librería habitual



# gran enciclopedia asturiana

1



IMPRESA POR HERACLIO FOURNIER

- La GRAN ENCICLOPEDIA ASTURIANA inicia su aparición en fascículos semanales de 24 páginas cada uno.
- El número total de fascículos será de 150, encuadernables en 10 volúmenes.
- Cada 15 fascículos se completa un volumen. Previamente se habrán puesto a la venta unas espléndidas tapas creadas especialmente para la encuadernación de estos fascículos.
- Además, coleccionando las portadas de cada fascículo, se obtendrá, totalmente gratis, un magnífico libro titulado "150 ESTAMPAS ASTURIANAS".
- Asimismo, con los contraportados se ofrece una interesantísima "ANTOLOGÍA DEL BABLE", también encuadernable y que recogerá textos en prosa y verso de nuestra literatura dialectal.



LA GRAN ENCICLOPEDIA ASTURIANA ES LA OBRA DE UNA GENERACIÓN DE INTELLECTUALES ASTURIANISTAS ENTREGADOS A UN MISMO OBJETIVO: SERVIR A ASTURIAS.



LA ADHESIÓN DE UNA TIERRA Y DE SUS INTELLECTUALES A NUESTRA OBRA NOS HA PERMITIDO CONTAR CON LA COLABORACIÓN DE UN GRAN EQUIPO DE ESPECIALISTAS DE PRIMERA CATEGORÍA.



LA GRAN ENCICLOPEDIA ASTURIANA ES EL RESULTADO DE UN ESFUERZO COLECTIVO QUE CONTRIBUYE A LA PROMOCIÓN CULTURAL DE NUESTRA REGIÓN.

### gran enciclopedia asturiana /

RUIZ GÓMEZ, 10  
GIJÓN

Muy Srta. mías: Estoy interesado en suscribirse a los 150 fascículos de la GRAN ENCICLOPEDIA ASTURIANA, y alijo la siguiente forma de pago:

- PAGO TOTAL. Un solo pago de 4.500 ptas. al recibir el primer fascículo (Obligatorio los 3 primeros tomos).
- PAGO ANUAL. Tres pagos de 1.500 ptas. cada uno. Al recibir los fascículos 1, 51 y 101 (Obligatorio los 2 primeros tomos).
- PAGO TRIMESTRAL. 10 pagos de 450 ptas. cada uno. Al recibir los fascículos 1, 16, 31, 46, 61, 76, 91, 106, 121 y 136 (Obligatorio los primeros tomos).

SERVIRSE REMITIRÁ UNA MÁS AMPLIA INFORMACIÓN

NOMBRE  
DIRECCIÓN  
POBLACIÓN  
TELÉFONO

FIRMA

la Bolsa, amenazadas seriamente cada vez que se produce una quiebra importante como la de la Pennsylvania Railroad. Y se comprenderá el pronóstico de la mayoría de los expertos: la inflación americana es una inflación de tipo estructural; la economía estadounidense ha entrado en un largo túnel, en el que al alza de los precios seguirá emparejada a un marasmo persistente de la producción, con lo cual podría producirse en cualquier momento una crisis bastante grave.

**LA ESPECULACION.**—En una palabra, el dólar es una moneda que se tambalea, y si seguimos sometiendo a su hegemonía la economía general del resto del mundo capitalista, corremos el riesgo de un desastre total.

Por eso, desde primeros de junio, la especulación contra el dólar ha cobrado proporciones espectaculares. Antes que conservar reservas de dólares, los particulares (incluidos muchos norteamericanos), pero también los Estados, prefieren convertirlas en monedas más sanas: francos suizos o marcos alemanes, sobre todo. En la jornada del 10 de junio, más de 500 millones de dólares fueron convertidos en marcos. Durante el mes de junio, 1.200 millones de dólares fueron a refugiarse a Alemania Occidental; 300 millones más se sumaron a aquéllos el primero de julio... Se anunciaba un verano caliente en el frente monetario.

Lo curioso de todo este asunto es que la intensificación de la especulación fue provocada, involuntariamente, claro está, por los propios Estados Unidos. En efecto, éstos, para acabar con la reconversión a escala mundial de dólares en otras monedas actualmente más estables, presionan sobre Alemania, Japón y Suiza para que revelen sus monedas, por segunda vez en el caso de Alemania. Lo cual significa que estos países tendrían que salvar al dólar corriendo con todos los gastos de la operación. Si, por ejemplo, se reevaluase el marco alemán en un 5 por 100, Alemania tendría que devolver 1.590 millones de dólares a los especuladores (entre los cuales figuran algunas compañías americanas), que han depositado 1.500 millones de dólares (convertidos en marcos) en las Bancas alemanas desde el primero de junio.

Pero eso no es todo: la operación habría de repetirse periódicamente, ya que la inflación y el déficit americanos son, como hemos dicho, estructurales.

Esto es algo que admiten los propios Estados Unidos cuando, en el marco del Fondo Monetario Internacional, abogan por un sistema de «paridades monetarias flotantes». Actualmente, la paridad de las monedas es más o menos fija: sólo puede variar en un 1 por 100 con respecto al curso oficial. Entre los seis países del Mercado Común sólo se admite una variación inferior a un 0,75 por 100. Los Estados Unidos piden un margen más amplio, de un 2 o un 3 por 100. Y en este sentido presionan constantemente sobre alemanes, japoneses y británicos.

**UN ASTRO FIJO.**—Semejante sistema de «paridades flotantes» sería equiparable al de la escala móvil: si durante varios meses consecutivos una divisa se sitúa a un 2 o un 3 por ciento por encima o por debajo de su

curso oficial se reevaluaría o devaluaría automáticamente. Los reajustes monetarios se producirían con mayor frecuencia, las paridades «flotarían». Pero claro está que habría una moneda que escaparía a esta regla: esta moneda sería, naturalmente, el dólar. Su paridad sería inmutable y se fijaría, de una vez para todas, en un treintaicincoavo de onza de oro (según se estableció ya en 1934).

Dicho de otro modo, si el dólar continuase hundándose (lo que es más que probable), sería el resto del mundo el que tuviese que modificar sus paridades monetarias en función del dólar. Se institucionalizaría el patrón-oro. Y el dólar sería el único astro fijo en el cielo monetario. Pero esa moneda de reserva seguiría devaluándose a pesar de todo: las reservas de dólares que los Estados capitalistas más competitivos acumulan exportando más de lo que importan tendrían cada vez menor poder adquisitivo.

Tal propuesta, que es casi un timo, trata de minar los fundamentos del Mercado Común. Si los Estados Unidos consiguen que la adopten, por lo menos, Alemania o Italia —países demasiado vulnerables políticamente para dar un no rotundo—, ¡adiós a la fusión de las economías «europeas»! ¡Y adiós, igualmente, a la «Europa agrícola», fundada sobre un mismo precio «comunitario» de los cereales, productos lácteos y carnes.

Los Estados Unidos son plenamente conscientes del alcance de su propuesta. En efecto, si la «construcción europea» llegase a realizarse satisfactoriamente, los Estados Unidos se encontrarían, en 1980, frente a una economía «europea» unificada, cuya potencia industrial sería comparable, en cantidad, a la de los Estados Unidos, y que podría, además, competir favorablemente por sus precios; cuyos excedentes agrícolas cerrarían las salidas que aún permanecen abiertas para la agricultura norteamericana, agudizando de paso los problemas sociales de este país, cuya moneda unificada sería mucho más sólida que el dólar y capaz de destruir a éste como moneda internacional de reserva.

**DEFENSA ELÁSTICA.**—Con todo ello, la hegemonía americana se vería seriamente comprometida. Cosa que los Estados Unidos quieren evitar a toda costa. Asistimos al comienzo de la fase de las «contradicciones interimperialistas», que en su tiempo predijeron los marxistas ante la incredulidad general.

Si los gobiernos europeos se siguen limitando a una «defensa elástica» y, divididos como están, no se deciden a rechazar de plano las exigencias norteamericanas, es que no están muy seguros del futuro que les espera: si permiten que los Estados Unidos se hundan cada vez más en su atolladero, ¿no se arriesgan tal vez a provocar una gravísima crisis económica que afectaría a la totalidad del mundo capitalista?

Si, por el contrario, tratan de destruir al dólar, de obligar a los Estados Unidos a un proteccionismo comercial, de terminar con la hegemonía económica y política de este país, cosas todas que podrían hacer perfectamente, ¿no contribuirían igualmente al debilitamiento de Occidente?

Estas son las preguntas que se hacen este verano en las capitales europeas. ■ MICHEL BOSQUET.